

ciones, robos sacrílegos, destierros, tiranías; en una palabra, estos nombres abominables, que tan calumniosamente atribuyeron los libertinos del siglo al Gobierno paternal de nuestros católicos Monarcas, nunca tuvieron un significado mas completo y verdadero que en esta época del Gobierno constitucional. Todas las clases de la sociedad fueron sacrificadas á este monstruo. Asonadas continuas, gritos en la tribuna, planes de republicanismismo publicados con descaro, contribuciones enormes, préstamos forzosos, apremios militares, y la prision en la ciudadela, que sufrieron sin remedio ni distincion de personas los que se escusaban ó no podian pagar, tal fue el estado miserable de Valencia en aquellos dias infelices. Calamidad que se hizo general á todo el Reino, porque en todo el Reino gobernaban los mismos principios; mas el Estado eclesiástico fue el privilegiado en todas partes, y como el blanco á quien dirigian sus tiros malignos los gefes de la rebelion. Si el pueblo oprimido y cansado de tanto padecer arrancaba algun suspiro, ó manifestaba frialdad, ó con su silencio reprendia mudamente los desórdenes; el cura, el fraile, el eclesiástico eran el reo que debia pagar estos crímenes: si las armas realistas conseguian algun triunfo, el dinero de los eclesiásticos era el que armaba sus bayonetas, y los consejos y planes de ellos los que dirigian sus marchas y operaciones. Asi lo publicaban y se empeñaban en persuadirlo por medio de los periódicos, para deslumbrar al público, y tener ese pretexto con que encubrir su escandaloso proceder. «Que no acabemos, decian, con los frailes y capellanes no prosperará el sistema;» y asi lo hubieran ejecutado, si el cielo no hubiera trastornado los planes

de su iniquidad. Nada se exagera: y un ligero recuerdo de algunos hechos públicos nos hará conocer y confesar esta verdad.

*

La ciudad de Orihuela y su Obispado confirmados con los egemplos de su incomparable Pastor y émulos gloriosos de su fidelidad, lo fueron tambien de su constancia (*Véase el manifiesto que dió á luz dicha ciudad.*) Apenas hubo pueblo en aquel Obispado que no experimentase los rigores de la persecucion. Jimeno intrusado por dos veces, como se ha dicho (*Véase la Coleccion tom. VIII y IX*), desde el 27 de enero se mantenía por la fuerza en el gobierno de la diócesis, causando en ella todos los males y extragos que acompañan al mas lastimoso y violento cisma. Desde entonces sufrieron todos los buenos eclesiásticos los mayores trabajos y penalidades; los fieles ansiedades y turbacion de conciencia, privados del pasto espiritual, y muchos de la recepcion de los santos Sacramentos. El Gobernador legítimo hubo de permanecer en su encierro, y con la mayor dificultad para comunicarse con el Obispado. Los eclesiásticos que habia delegado no podian sin inminente riesgo de sus personas egercer sus funciones. La mayor parte de los individuos del Cabildo, que se opusieron á la eleccion cismática, se ocultaron y huyeron para libertarse de la prision, á que habian sido condenados, como enemigos del sistema constitucional; la misma suerte sufrieron otros comensales é individuos del Clero de la Catedral. Era entonces pues ver la miseria, la desolacion, y el abandono del culto en los templos de la capital, y de muchos pueblos del Obispado. El Cabildo reducido á los cinco individuos parciales de Jimeno: sen-

*

tado este en la Catedral episcopal: la Catedral desierta porque los fieles no podian sufrir ni presenciar la abominacion en la casa de Dios: su gran parroquia, regida siempre por cuatro Curas prebendados, ocultos y desterrados ahora, habia sido entregada por Jimeno á unos secularizados con quienes los fieles no querian comunicar. No sufrieron mejor suerte otras muchas parroquias de las poblaciones principales de la diócesis. La de santa *Justa y Rufina* de Orihuela, la de santa *María* de Elche, la de *Almorady*, la de *Callosa*, la de *Aspe*, la de *Ayora*, la de *Monovar*, la de *Catral*, la de *Muchamiel*, del *Palomo*, todas fueron privadas de sus propios Párrocos, y entregadas á secularizados conocidos por su inmoralidad, y algun otro eclesiástico secular parcial de Jimeno, abandonando los propios cargos y parroquias que tenian. Los Vicarios foráneos, á excepcion de alguno de la devocion de Jimeno, fueron tambien despojados de sus vicarías; y todos estos, y los Párrocos propietarios, y muchos tambien de los Curas Vicarios estaban ocultos ó prófugos, y algunos presos y en el arsenal de Cartagena.

No sufrieron menos las comunidades religiosas de uno y otro sexo, á quienes por su número y circunstancias no comprendian los decretos de Cortes para ser suprimidas. Las religiosas que hasta entonces habian estado quietas y tranquilas, fueron persuadidas é inquietadas de mil modos, ya por el mismo Jimeno, y ya por sus emisarios y capellanes secularizados que les nombró, para que abandonasen la clausura y se secularizasen. Las sujetó á que no se confesasen sino con los confesores que las señaló, y llegó á determinarlas y acotarlas el tiempo que habian de gastar en confesarse. Si

algunas con humildad y respeto se atrevieron á decirle que estaban bien halladas con su tenor de vida, las trató con la mayor dureza, al mismo tiempo que las queria persuadir á que obrasen con libertad, aplicando al intento el texto *latum mandatum tuum nimis*. En *Monovar* fue atropellada la reverenda comunidad de Padres Capuchinos, tan celosa y edificante como es notorio; y por lo mismo casi todos sus individuos fueron llevados presos primero á Novelda, y despues á la isla de Tabarca. Los Capuchinos de Caudete fueron extinguidos á solicitud de Jimeno. Al Gefe Político de san Felipe de Xativa le ofició para que sacase del convento de *descalzos* de *Ayora* y trasladase á Alicante (es de advertir que no hay alli convento de ellos) cinco ó seis, sin señalar cuales fuesen, ni por que causa. En el mismo oficio decia al dicho Gefe Político: «desengañémonos, que mientras no se envien todos los frailes á las Américas ó á Filipinas, no habrá tranquilidad, ni progresará el sistema.» El convento de *Descalzos* de *Orihuela* fue tambien suprimido; pero con nada de esto se contentaba, si no llegaba á dar el golpe mas sensible para Orihuela y los pueblos inmediatos, arruinando y destruyendo la respetable, sabia, y religiosa comunidad del *colegio* de Padres *Dominicos*, que era el consuelo que les habia quedado para el pasto espiritual despues de tanta desolacion. En efecto en el dia de la Ascension de nuestro Señor Jesucristo, dia 8 de mayo de 1823 á las dos de su mañana, sin que hubiese antecedente en la ciudad, ni la tuviese aquella respetable comunidad, fue sorprendida por el Gefe Político de Murcia, y convocados en el acto todos sus individuos, sin darles un instante para volverse á sus cel-

das, fueron todos presos y conducidos entre bayonetas al arsenal de Cartagena, embarcados allí en la mayor parte, y transportados á Cádiz. La Iglesia del colegio, como las demas de los conventos suprimidos, fueron despojadas escandalosamente de todas las alhajas y ornamentos del culto, y llevadas muchas de ellas á la casa de Jimeno y de los secularizados comisionados por él al efecto, y destinadas por los mismos á usos profanos y aun indecentes.

La misma persecucion que en Orihuela y su distrito, ardia en la parte opuesta del Reino, pero con mayores estragos. Los Realistas hacian la guerra á los Constitucionales por las cercanías de Morella, Maestrazgo de Montesa y fronteras de Cataluña y Aragon; y esta sola circunstancia debe bastar para que se entiendan los males de este pais, cuyos vecinos por lo comun siempre estuvieron por la buena causa. Bramaban de corage los Nacionales viendo frustrados sus planes, y que los Realistas engrosaban su partido cada dia, y les daban rebatos continuos y alcanzaban ventajas de consideracion: y esta prosperidad de las armas Realistas era un nuevo fomes del odio revolucionario contra los curas, y mucho mayor contra los frailes. A cada paso se veian obligados á fugarse y esconderse, ó vagar por montes y valles; porque presentarse un religioso con su hábito era presentarse á la muerte si por desgracia encontraba alguna partida de nacionales, como la encontró un limosnero *Capuchino* del convento de san Mateo, y fue bárbaramente fusilado enmedio del camino. La misma suerte cupo á un Sacerdote franciscano *Recoleta* del convento de la Vall de Jesus. Este intrépido

religioso no quiso quitarse el hábito, y sorprendido por los nacionales intentaron obligarle á que dijera *viva Riego*. Se negó constante; y amenazándole de muerte cerró los ojos, y cubrió su rostro con su capilla, y disparándole murió víctima de esta crueldad. Murió tambien asesinado el padre *Fray Vicente Cortés*, monge de san Gerónimo, natural de Alcalá de Chisvert. Este se habia reunido á una partida de realistas, y en un encuentro desgraciado se retiró á la Iglesia de Trix huyendo de los nacionales; y habiéndole encontrado dentro del púlpito, allí mismo comenzaron los insultos; le arrastraron y patearon, y antes de sacarlo de la Iglesia, ya estaba herido gravemente sin ningun respeto á la santidad del lugar, ni al carácter de Sacerdote; y aunque suplicó se le concediera un breve espacio para confesarse y disponerse á morir como cristiano, lo mataron sin confesion, mutilaron el cadaver, y con fiereza propia solamente de caribes... no se escriba ni pronuncie accion tan horrorosa. Tambien le cortaron la lengua y las orejas, y colocándolas á la punta de una lanza las llevaron en triunfo, horrorizando los pueblos del tránsito, hasta Castellón de la Plana, en cuya villa entraron con algazara diabólica, y encaminándose á la plaza de la Constitucion, despues de sus *vivas* á Riego, dejaron pendientes por algunas horas debajo de la piedra aquellos despojos de una barbarie, que no tiene nombre propio entre cristianos, y para último complemento de esta atrocidad regalaron á sus socios de Valencia una de las orejas de aquel monge; y estos tuvieron la osadía de enseñarla á cuantos la quisieron ver en el paseo llamado la Glorieta, que está en la plaza

de santo Domingo, y ellos la llamaron plaza de Riego. Cualquiera que lea estos horrorosos crímenes cometidos con tanta publicidad, y á la faz de un Gobierno que se titulaba Católico, Apostólico, Romano, y que los miraba con tanta frialdad como si fueran delitos de Africa ó de Turquía, no extrañará el tropel de males y angustias que sobrecargaron en los últimos meses de la revolucion, no ya sobre individuos solamente, sino sobre corporaciones enteras del estado eclesiástico: angustias y males que si no quitaban la vida eran como de muerte, y de una transcendencia mayor que los asesinatos sobredichos, porque se encaminaban en derechura á la muerte espiritual de las almas, y á la ruina de la santa Iglesia. En solo el Arzobispado de Valencia fueron removidos de sus curatos, por desafectos al sistema constitucional, diez y seis Curas, los mas de ellos de muy crecida feligresía, y fueron intrusos en su lugar otros tantos Ecénomos, cuyo carácter y espíritu lleva su descripcion cumplida con solo decir que aceptaron un tal cargo, y que lo aceptaron de manos y provision de tal Gobierno; mas no se podran calcular los resultados de un proceder tan temerario, cuya curacion y remedio arrancó lágrimas, y acaso aceleró la muerte de nuestro venerable Pastor. Pero sigamos el hilo de la persecucion contra las corporaciones eclesiásticas.

La Real Casa Congregacion de san *Felipe Neri* de Valencia, la mas antigua de España, tan benemérita y respetable por el celo con que siempre correspondió fiel á los fines de su instituto, y tan digna de la gratitud pública por los servicios públicos, asi corporales como espirituales, que de

continuo dispensa á favor de toda suerte de necesitados: esta Real Casa desde un principio fue mortificada con alojamientos de tropa (suerte de que tambien participaron los conventos de santo Domingo, san Francisco y san Agustin) y por último fue comprendida en la gran lista de proscripcion que dictaron los revolucionarios al aproximarse los Realistas á dicha ciudad. Dia 9 de marzo de 1823 á las nueve de la noche fue sorprendida aquella Casa, y en corporacion (sin excluir á los criados domésticos) fue trasladada á la ciudadela, á que se siguió el saqueo, no solo de los bienes comunes de ella, sino tambien de los libros, ropa, muebles y demas pertenecientes á sus individuos. La proscripcion sobredicha debia estenderse á centenares de personas de todas clases, segun se dijo entonces con mas que probables fundamentos; lo cierto es que en la misma noche fueron buscados muchos que tuvieron la ventura de eludir el golpe con la fuga ó escondiéndose, otros redimieron la vejacion con dinero, y otros hasta el número de cuarenta y ocho fueron presos, y llevados tambien á la ciudadela. A los eclesiásticos, como en todas las ocasiones de esta revolucion, les cupo la peor parte. Diez y siete fueron los presos en esta noche entre Clérigos y Religiosos de varias Ordenes, y un Canónigo Prebendado de esta Catedral, y hubiera sido mayor el número si la prevision no les hubiera enseñado á cautelarse. El siguiente dia 10 por la mañana fueron todos embarcados en el Grao, y en la noche del mismo se hicieron á la vela con direccion á la Isla de Ibiza, adonde llegaron el 14. Dia 26 de abril consiguieron pasaporte para Alicante; pe-

ro no fueron recibidos en esta ciudad, y tuvieron que sufrir marea hasta el 7 de mayo en que desembarcaron en Denia.

Grande fue la consternacion de Valencia en aquel dia y siguientes al destierro referido, y los desterrados padecieron mucho en sus personas y haciendas; pero fue mayor sin duda alguna la tribulacion que sobrevino á los que quedaron en la ciudad, especialmente á los Religiosos. Dia 20 de marzo á las doce de la mañana el convento de san Juan de la Ribera de *Descalzos de san Pedro de Alcántara*, extramuros de la ciudad, fue sitiado por una gran partida de Nacionales; y para dar importancia á una operacion tan chocante tomaron los caminos, y pusieron sus centinelas avanzadas. Sorprendidos y amedrantados aquellos pobres Religiosos, los mas de ellos ancianos y llenos de achaques, fueron llevados entre bayonetas á la Casa Congregacion sobredicha: vacía por el destierro de aquella corporacion, y los dejaron presos, sin camas, sin provisiones ni otro socorro que el que les prestó la caridad espontánea del pueblo, porque á nadie dejaban salir ni aun para pedir limosna.

Algunos dias despues hicieron lo mismo con los *Padres Capuchinos* del convento de la Sangre de Cristo, tambien extramuros, y se tuvo á gran maravilla la humanidad que usaron con los enfermos y enfermeros, á quienes dejaron fuera en su convento, y el resto de la Comunidad fué llevada y depositada en la misma Congregacion. Ambas Comunidades padecieron toda especie de necesidad, y hubiera sido mayor si la beneficencia del pueblo valenciano no la hubiera socorrido, porque de parte del Gobierno nada recibieron ni

podian esperar mas que el destierro ó la muerte. ¡Qué bello espectáculo presenta esta caridad del verdadero pueblo de Valencia, y cómo realza la crueldad de los opresores! Estos, avergonzados tal vez, permitieron al fin que salieran dos legos á pedir limosna, quedando todos los demas en su encierro, que duró todo el tiempo de los dos sitios.

Peor y mas dura fue la suerte de los *Padres Mínimos de san Francisco de Paula* del convento de san Sebastian, y de los *Padres Carmelitas Descalzos* del convento de san Felipe, ambos extramuros de la ciudad. En la noche del 23 de marzo fueron apresadas las dos Comunidades, y al amanecer del siguiente dia 24 conducidas á la ciudadela. La partida encargada de la captura de los Religiosos saqueó las celdas y oficinas de dichos conventos, y en el de Mínimos llegó el atrevimiento hasta maltratar con sacrilega osadía el santo cuerpo del beato Gaspar Bono. El padre corrector de los Mínimos se habia retirado al Llano de Cuarte á una *masía* propia de su convento, y el dia 5 del siguiente abril fue preso en ella por una partida compuesta de unos cien hombres, los cuales despues de haber robado cuanto existia en la casa de algun valor, le condujeron á Valencia, y fue encerrado en la ciudadela como los demas. En la misma mañana del sobredicho dia 24 de marzo fue apresada tambien la Comunidad de *Carmelitas Calzados*, y llevada á la ciudadela como las dos antecedentes.

Cualquiera puede calcular por sí mismo los trabajos de aquellas tres Comunidades, puestas en la ciudadela á discrecion de los Nacionales en los dias críticos en que los Realistas sitiaban la ciu-

dad; mas nadie imagine que estas prisiones fueron motivadas por otra causa mas que por el odio de la secta á las corporaciones religiosas. La prueba es evidente. La miseria á que estaban reducidos estos Religiosos en la ciudadela, les obligó á solicitar su libertad por todos los medios posibles; pero ninguno la consiguió sino con la precisa condicion de dejar su hábito y vestir el de eclesiástico secular, pagando ademas cuatro duros so color de ciertas diligencias, sin contar otros gastos secretos, en lo cual se ve muy claro que el odio no era contra las personas sino contra su estado.

De los veinte y cinco conventos de Religiosos que tenia Valencia antes de la revolucion, ya no quedaban existentes mas que cuatro, á saber: santo Domingo, san Francisco, san Agustin y el colegio de las Escuelas Pias; y aunque estas Comunidades tuvieron el consuelo de no ser arrojadas de sus conventos, la situacion de ellas en todo lo demas era la misma que la de las otras. Por un edicto público fueron arrestados todos los Regulares, con pena de la vida si se les encontraba fuera de sus conventos, y este arresto fue observado con tanto rigor, que para salir un Religioso á confesar una Religiosa moribunda fue menester acudir al Gobierno, y el pase se concedió con la prevencion de que debia ir via recta, y asi salió acompañado de un centinela. Este arresto, ó por mejor decir rigorosa prision, comenzó dia 19 de marzo, y no tuvo fin hasta que entró en la ciudad el ejército libertador. Entretanto los Nacionales que estaban acuartelados en san Francisco, santo Domingo y san Agustin, eran no solamente huéspedes incómodos, sino observadores malignos hasta de los pensamientos de los frailes, y centi-

nelas de su prision. Se apoderaron de lo mejor y mas seguro de los conventos para guarecerse de las bombas y granadas ellos, sus mugeres y sus amigos: pedian leña, vino, aceite, y cuanto se les antojaba; y fue preciso darlo mientras hubo, porque á la menor excusa contestaban: «Somos dueños de vidas y haciendas, y esto al cabo de nosotros ha de ser.» Añadian con un tono insolente: «Si los facciosos entran en Valencia no tendrán el gusto de ver frailes, ni los frailes de verlos, porque antes caerán todos.» Estas y otras semejantes expresiones parecerán acaso dignas de desprecio, y con efecto las despreciaron muchos; pero no dejaban de hacer su impresion en la mayor parte de los Religiosos.

Los de santo Domingo, como tan escarmentados, las oian con temor, y á cada momento esperaban una tropelia. Este Real convento habia sido proclamado en la tribuna como centro del *servilismo*. La circunstancia de estar situado inmediato á la ciudadela, y frente al paseo llamado la Glorieta, le hizo participar de toda la amargura de la revolucion, porque los peores revolucionarios se reunian diariamente en la Glorieta á gritar y cantar sus *patrióticas*; y esta bárbara diversion casi siempre terminaba en insultos y amenazas contra frailes. A estas incomodidades diarias se siguió la calumnia de que habia en el convento un repuesto de armas y municiones, y el convento sufrió una sorpresa y riguroso registro. Nada encontraron, porque nada habia; mas no por esto desistieron de comprometer segunda vez á esta respetable Comunidad. Pocos dias antes del sitio, y cuando los ánimos estaban mas acalorados, se oyeron gritos de *quién vive* entre nueve y diez

de la noche que salian de la ciudadela, dirigidos al huerto del convento. A los gritos se siguieron varios tiros de fusil, como si en dicho huerto hubiera enemigos ó emboscada. Las gentes que todavía estaban en el paseo se alborotaron, y el convento fue allanado inmediatamente por una partida de Nacionales que salió volando de la ciudadela. Registraron todos los rincones, y se retiraron avergonzados de su ligereza, cargando de oprobios á los Religiosos.

Los trabajos de todos ellos quedan compendiados con solo decir que el estruendo de las granadas y bombas y el ruido del cañon les servia de consuelo; y si alguna vez callaba el fuego de los Realistas entonces eran los temores y sobresaltos, presagiándose el destierro ó su entera supresion. El dia de la retirada del egército Realista fue uno de los mas terribles para todos los Eclesiásticos. Nadie se acordaba ya de los peligros del sitio porque todos esperaban otros trabajos mayores, que se decian estar decretados; mas por una de aquellas providencias de Dios, que sabe sacar bien del mal, se suspendió su ejecucion por la entrada del egército de Ballesteros. Este egército asoló el Reino, y acabó de empobrecer la capital; pero cerró la boca á tantos gritadores, y puso freno á los desórdenes que tenian meditados, y con esto se respiró algun tanto.

Mientras que en Valencia sucedian todas estas cosas, el resto del Reino estaba sufriendo el robo mas escandaloso y sacrilego de la plata de las Iglesias. Los Nacionales enviaron sus comisionados á los pueblos bajo el pretexto de dar cumplimiento á una orden de las Córtes, en que mandaron recoger y depositar en plazas fuertes las alhajas de

oro y plata que no se reputasen necesarias para el culto. El objeto de esta providencia se deja ver por sí mismo, y en la egecucion se procedió con toda la malicia que ella encierra. Las santas Imágenes de plata, las coronas de las de inferior materia, los relicarios, las cruces de los altares y procesiones, los candeleros, los turíbulos y sus navetas, las vinageras, atriles, sacras, los cálices (con tal que quedase uno de bronce en la parroquia) hasta las conchas de los baptisterios, nada de esto reputaron necesario para el culto aquellos católicos, apostólicos, romanos; y para comprometer á los Curas les hacian presentar el inventario de Visita, indicándoles que serian convencidos por él en caso de ocultacion. Sin embargo de tanta superchería el saqueo no fue igual en todas las iglesias, porque tampoco era igual en todas el carácter y espíritu de los Curas. Muchos hubo que aventuraron sus personas, y salvaron cuanto pudieron; pero ninguno se libró de ser mas ó menos robado. La sobredicha orden se cumplió tambien en la capital; y aunque se procedió en la egecucion con algo mas de miramiento, el resultado fue el mismo: á saber, quedar despojada la catedral y demas Iglesias de las alhajas y preciosidades que fueron respetadas en la guerra última contra Napoleon, con ser él y su gobierno lo que eran.

Para dar fin á esta sucinta relacion solo resta decir algo sobre las ocurrencias de Alicante. Esta ciudad fue la última del Reino que se rindió á las armas realistas y del egército auxiliador. Al paso que los Realistas avanzaban en sus marchas y operaciones, se retiraban los Nacionales llevándose consigo á los presos por su adhesion á la causa

del Rey nuestro Señor: y en una de estas retiradas cometieron la atrocidad de fusilar al Cura de Alcañiz con otros mas de cuarenta desgraciados, que desde Valencia y pueblos del tránsito eran conducidos á Alicante. El hecho que procuraron ocultar, sucedió en un campo á las paredes de Gata, pueblo de la Marina; y aquellos infelices murieron sin saber que iban á morir, sin darles tiempo siquiera para hacer un acto de contricion, ó invocar á nuestro Redentor Jesus; porque los apartaron del camino, y estando ellos descuidados, de repente dispararon contra ellos, y prosiguieron su marcha hácia Alicante á reunirse con las heces de la revolucion, que sucesivamente acudian á buscar asilo en esta ciudad.

La seguridad que les proporcionaba el mar, les dió osadía para todo desenfreno. La ciudad fue políticamente robada: los pocos eclesiásticos que quedaban en ella fueron perseguidos de muerte. El padre Fray Simeon Ferrer de los Observantes de san Francisco intentó salirse de Alicante á principios de agosto de 1823, y habiendo sido sorprendido, fue preso de órden del comandante Chapalangarra, y conducido á la cárcel pública en medio de la gritería é improperios de la chusma que esperaba en las calles del tránsito. Se le formó causa acusándole de ladron sacrilego, porque llevaba la ropa de la Iglesia para salvarla, con miras de pasarlo por las armas; y aunque escapó de este peligro á fuerza de muchas recomendaciones, padeció grandes trabajos y mucha necesidad en los tres meses que duró su prision. La comunidad de su convento no le pudo socorrer, porque toda ella y la de Padres Carmelitas Calzados fueron apresadas y embarcadas en un falucho con órden

al patron de ó arrojarlos al mar, ó dejarlos en las desiertas islas de Moncolobrer, en cuya travesía padecieron mil trabajos, y solo salvaron su existencia dando todos sus individuos el poco dinero que tenian, y obligándose los Prelados á abonar por cada uno de ellos una onza de oro; con cuyas condiciones volvieron á la olla de Benicasin, exigiendo antes digesen habián las dichas comunidades quedado en las Islas para que el patron no fuese pasado por las armas.

Mucho debió padecer la ciudad de Alicante al mando de un tal Gobernador y en manos de semejante guarnicion. Concluyo con decir, que Chapalangarra y sus compañeros arrebataron hasta las campanas de las Iglesias, y cargados del botin huyeron por mar antes de la entrega de la ciudad, y verificada esta, todo el Reino dió gracias á Dios cantando con el Profeta: *Misericordie Domini, quia non sumus consumpti. Ipsi gloria in saecula saeculorum. Amen.*

En Cartagena de Murcia las tropelías causadas á su benemérito Obispo don José Jimenez, y el trastorno general de ideas que veia cundir por su Diócesis sin poderles aplicar el remedio oportuno, aceleraron su muerte; y aun asi los impíos no perdonaron su memoria deshaciendo hasta en la imprenta de Muñiz los moldes de una tierna Pastoral que habia dado, y que pueden llamarse los últimos silvos del Pastor y suspiros de un Padre amoroso deshalado por sus hijos. No podian leer sin bramar aquellas tiernas y patéticas expresiones. «Amados míos: vosotros que habeis sabi-